

JOSEF SEIFERT, *Conocimiento de Dios por las vías de la razón y del amor.*

(Traducción de P. J. Teruel)

Encuentro, Madrid 2013, pp. 259
ISBN: 978-84-9055-023-6

La editorial Encuentro nos ofrece en castellano la obra *Erkenntnis des Vollkommenen. Wege der Vernunft zu Gott*, presentada al público en el año 2010 en Bonn. Con ella, nos brinda al lector no solo una versión española eminentemente autorizada del libro, sino un *novum* respecto de la versión original. Que el mismo Seifert haya revisado la traducción, ampliando con añadidos el texto inicial y que la presente edición incorpore “el título inicial concebido por el autor” (p. 4) son buena prueba de ello.

Una pregunta atraviesa toda la obra: ¿tiene sentido plantear la pregunta por Dios después de *Crítica de la razón pura*? Según Seifert, el saber sobre Dios parece haber quedado “demolido” (p. 20) desde que I. Kant concibiera la idea de Dios como un postulado subjetivo-moral, consecuencia de su giro copernicano, y desde que nos legara una crítica sin igual a las pruebas de su existencia.

Por este motivo, objetivo de esta obra es responder afirmativamente desde la filosofía a la pregunta por Dios restaurando novedosamente la validez metafísica de las pruebas de su existencia. Decimos “novedosamente” porque este objetivo lo cumple Seifert de un modo radicalmente nuevo: tras considerar el principio de razón suficiente como fundamento de toda prueba de la existencia de Dios, revisa en clave personalista las vías de santo Tomás de Aquino y las reordena en un nuevo elenco que incluye nuevas vías. Así, propone un elenco de ocho vías de las cuales, las tres primeras, agrupadas por él como “pruebas de la contingencia” o “pruebas metafísicas generales” (p. 32), se corresponden con la *prima*, *secunda* y *tertia* del Aquinate. La cuarta vía de Seifert, la “prueba teleológica”, se corresponde con la *quinta* de santo Tomás. Las vías quinta y sexta del fenomenólogo realista son las “pruebas personalistas”, sin equivalente en las vías de Tomás de Aquino; la séptima vía de Seifert, prueba “cosmológica, metafísica y personalista” (p. 32), desarrolla y amplía la *cuarta vía* del *Doctor Angelicus*. Y la octava vía es el argumento ontológico, considerado “coronación de todo conocimiento de Dios a través de los caminos de la razón” (p. 31).

Las tres primeras vías, a juicio de Seifert, presentan una notoria carencia, porque “en su consideración se abstrae de la configuración concreta del mundo, infinitamente rica de sentido” (p. 51). Por sí solas, pues, son pruebas de un primer motor inmóvil, de una primera causa o de un ser necesario.

Precisamente esta carencia la suplen las vías cuarta, quinta y sexta. Así, en primer lugar, la cuarta vía –*quinta via* de Tomás– se basa en “la Creación concreta, en su orden y belleza plenos” (p. 52), y “Dios es considerado como causa del mundo y del ser humano a partir de las propiedades experienciales y contingentes de estos y de su plenitud de significado” (p. 52). Esta “prueba teleológica” considera que el mundo debe haber sido originado por un ser infinitamente inteligente, perfecto y que lo puede todo, pues sería absurdo considerar que la plenitud de sentido del ser y el orden que existe en la naturaleza se debe al azar o a la mera evolución de la materia por sí misma. Como ejemplo que da plasticidad a este argumento, Seifert señala que el ensayo de un profesor ateo no puede ser considerado “solo el producto casual de la lluvia, el fango y el viento en su jardín” (p. 47).

En segundo lugar, las pruebas personalistas de la existencia de Dios –vías quinta y sexta de Seifert– parten del “más elevado de todos los seres del cosmos, la persona, cuyo ser y esencia experimentamos en nosotros mismos, para fundamentar desde ahí la existencia de Dios” (p. 56). De esta manera, proceden, sí, al modo de la prueba teleológica, pues partir de la persona es también arrancar desde “la estructura contingente del mundo de la experiencia” (p. 56), pero superan con creces las pruebas cosmológicas. En efecto, la quinta vía, la primera de las pruebas personalistas, denominada “prueba causal-teleológica” o “prueba causal-personalista”, representa “una nueva vía en el conocimiento de Dios, en la medida en que reconoce la causa de un ser espiritual y libre, por lo tanto, de forma personalista y no meramente cosmológica (p. 86). Esta vía pone de relieve las características de la esencia del ser personal para resaltar que Dios es su causa y lo que de Dios se manifiesta en cuanto causa suya. Pero, en la medida en que esta quinta vía se halla ligada todavía a la prueba causal y a la prueba teleológica, (de hecho, la describe como “coronación de los argumentos causal y teleológico –de la *secunda* y de la *quinta via* de Tomás–, en cuanto aquí se busca al artífice que engendra las personas humanas” (p. 58)), no es tan novedosa como las pruebas personalistas en sentido estricto. Estas pruebas, que conforman la vía sexta, consideran a Dios no solo como “causa eficiente del alma humana” (p. 58), sino también como meta y último garante de sentido de la persona humana. Y, lo que es más importante, no parten de datos empíricos, de

los que se deduce silogísticamente la existencia de Dios, sino de la esencia de “actos personales y constitutivos del ser persona” (p. 93) en los que Dios se manifiesta y es conocido de modo más inmediato que en las pruebas cosmológicas.

Dos grupos de argumentos describe Seifert a propósito de la sexta vía: las pruebas morales y las pruebas a partir de la gratitud y del amor. Las primeras se basan en la relación esencial de los valores morales con la persona humana y con Dios. Los valores morales en sí, “considerados en su fundamento último, muestran de muy variadas maneras la real existencia de Dios y sus atributos” (p. 99). Así, por ejemplo, Dios se manifiesta como destinatario, correlato personal y punto de referencia absoluto del fenómeno de la responsabilidad ética.

Por su parte, las pruebas de la gratitud encuentran su clave de bóveda en el análisis y en la valoración crítica que realiza Seifert de la llamada “gratitud anónima” por B. Schwarz. Para Schwarz, la gratitud del ateo era signo evidente de que se puede experimentar gratitud sin destinatario. Para Seifert, “del mismo modo que el ateo siente una gratitud anónima, sin destinatario humano, después de la sanación inesperada de su esposa, igualmente, toda gratitud y todas las gracias dadas a una persona humana incluyen también el dar las gracias por ella, por su existencia, por su llegada en el momento preciso para salvarnos la vida, por sus fuerzas físicas, por su inteligencia, etc.” (p. 140). Con otras palabras, toda gratitud conduce irremisiblemente al destinatario último de la gratitud que solo puede ser “un ser personal que únicamente regala y es regalo, sin ser regalado a sí mismo o creado ni causado por otra persona a la que Él mismo tuviera que deber gratitud” (p. 145).

Entre las pruebas de la existencia de Dios a partir del amor, Seifert distingue las pruebas a partir del amor humano y las pruebas a partir del amor a Dios. Para solucionar la *petitio principii* en que parecen incurrir estas últimas –tratar de demostrar que Dios existe cuando ya se presupone su existencia al amarlo!–, el autor analiza la esencia del amor a Dios “como mandamiento supremo, como acto moral más sublime y como parte de la ética natural” (p. 150) y, en una bella exposición, considera las características esenciales del amor personal en general y como dichas notas “encuentran su realización y consumación única en el amor a Dios”. Entonces, dado que no puede ser ilusorio aquello que el amor presupone, el amor a Dios, en cuanto forma suprema de amor, “revela la realidad de su objeto” (p. 179).

El escollo que se levanta ante las vías quinta y sexta, el problema del mal, encuentra una solución para Seifert ante la constatación, en primer

lugar, de que el bien moral solo es posible por la libertad, por la cual el mal viene permitido. Y, en segundo lugar, de que, si se distingue entre el carácter teocéntrico del mal moral, pues “el mal moral se dirige en primera instancia contra Dios” (p. 182) y el carácter antropocéntrico del sufrimiento, que no se dirige “en primera instancia contra Dios, sino contra la criatura” (p. 182), cobra sentido que por nuestra maldad suframos y que Dios, en su misterioso silencio ante el mal, siga siendo infinitamente omnipotente, justo y santo.

Si al lector le sorprende el hecho de que la séptima vía –la *cuarta vía* del Aquinate– no sea abordada con las tres primeras vías, ello se debe al hecho de que Seifert la considera la “prueba más profunda de la existencia de Dios desde el mundo (tanto desde el punto de vista cosmológico como desde el personalista)” (p. 45). También se debe al hecho de que esta vía “está formulada de modo muy imperfecto en Tomás de Aquino, entre otros motivos, porque no distingue con claridad entre máximo relativo y absoluto y entre perfecciones necesariamente finitas y perfecciones puras infinitas” (p. 187). Por este motivo, prefiere tratarla “con el problema de las ‘perfecciones puras’, decisivo para todo conocimiento de Dios” (p. 45). Así, argumenta detalladamente “cómo el amor es una perfección pura y que, entonces, debe ser una perfección divina, quizá la más alta y sublime de todas” (p. 202). Y, de esta manera, se erige en una prueba de la existencia de Dios que, propedéuticamente, prepara al lector para abordar la octava vía: el argumento ontológico.

Lejos de considerar que el argumento ontológico parta de la fe en Dios, o que sea “un truco de prestidigitación sofisticada” (p. 251) carente de lógica, o un mero artificio del lenguaje, Seifert manifiesta expresamente que se trata de la principal prueba de la existencia de Dios, presupuesto de todas las demás. Según dicho argumento, si Dios es “algo por encima de lo cual nada mayor ni mejor puede ser pensado” (p. 234), entonces Dios existe, porque, en este caso y solo en Él, el conocimiento esencial puro basta para el conocimiento real. En cambio, en todo lo demás debemos establecer la existencia real desde fuera y empíricamente (pp. 249-250). Dicho argumento no parte de una idea subjetiva, sino de una esencialidad objetiva que puede ser conocida por nuestra mente; porque “la existencia real y necesaria es un predicado real” (p. 252) inherente a la esencia divina; y porque “solo la objetiva perfección infinita de valor de este ser, sin la cual no sería Dios (...), incluye el ser necesario” (p. 252).

Consciente de los límites de la obra, el propio Seifert afirma que no se abordan las pruebas desde la verdad y desde el mundo ideal, ni las pruebas desde la historia y desde el arte (cfr. pp. 30 y 55). Pero, sin lugar

a dudas, nos encontramos ante un escrito que pasará, como toda expresión de la *philosophia perennis*, a ser un clásico impasible a la caducidad en la historia del personalismo, de la metafísica y de la filosofía. Por su originalidad y por representar el culmen de un ingente esfuerzo que pone en diálogo lo mejor de la filosofía antigua y medieval con lo mejor la filosofía moderna, la razón y la fe, la filosofía con la teología. Por tanto, hemos de agradecer al autor y al traductor el resultado. Nadie que ame verdaderamente la filosofía quedará defraudado con la lectura de esta obra incomparable.

MIRIAM RAMOS